

La vida humana es un pugilato constante. Vivir es luchar. Por ahí andan cinco palabras vulgarísimas que sintetizan estas verdades de Perogrullo: ¡La lucha por la vida! Frase admirable y sublime, si antes, mucho antes, no hubiera sonado en los oídos del hombre otra frase que, bajando de lo alto del cielo, dobló su cuello y le hizo esclavo del trabajo.

Con el sudor de tu rostro ganarás el pan. Pero nosotros la hemos sustituido por aquella que, más flexible y acomodaticia á nuestros errores y á nuestras pasiones, retuerce á nuestro antojo por manera que nos sirve de continuo para sanción del vicio y disculpa del crimen.

Todo lucha por la vida en la Naturaleza. Las plantas en la tierra luchan para crecer, pugnan por ensanchar la cárcel que las oprime... Y el hombre, al fin y al cabo, no es sino una planta sin raíces en la tierra.

Esta verdad no es completamente perogrullesca; pero díganme ustedes si no hay hombres muy capaces de soltar hoja á poco que se les sacuda y por más que ellos se crean, en su modestia suma, muy abonados para arreglar tantas cosas como dicen que andan desarregladas.

Hay un problema pavoroso y sombrío. Es decir, hay un racimo de ellos; pero es preciso fijarse en uno cualquiera. La enunciación de todos ellos se reduce generalmente á dos sustantivos encadenados por una violenta conjunción.

El capital y el trabajo. ¡A quién no se le ponen los pelos de punta! Porque han de saber ustedes que el capital y el trabajo andan luchando, á salto de mata, hoy día lo mismo que en tiempo de Ginesillo de Pasamonte; solo que entre la lucha de entonces y la lucha de hoy día existe forzosamente la diferencia que nos ha impuesto la civilización, difundida por sus obreros incansables, entre los que, por misericordia divina, no tengo el honor de contarme.

Francia, la Francia republicana, los cuenta ya por millares, que nosotros, infelices, estamos á menos de medio camino todavía, pues todavía se dá el caso de que nos escandalice el crimen, aún cuando se presente como término de solución de aquel espeluznante problema, ú otro que tal.

Aquí deberíamos leer con envidiosa admiración las insignes proezas de los obreros del progreso, infatigables en su tarea regeneradora, tan digna de ser imitada por nosotros que cuando tenemos algo que pedir á alguien revestido de un poco de autoridad, nos gastamos tontamente el dinero en papel sellado, que para maldita la cosa ha de servirnos.

La dignidad humana no debe rebajarse hasta ese extremo. Nuestros vecinos lo han entendido así, y así lo practican; y cuando los mineros desean aumento de salario y disminución de trabajo—cosas que en todo tiempo son muy apetecibles,—van y qué hacen. Pues coger al ingeniero, tirarle por la ventana y arrastrarle para escarmiento de pícaros. ¿Hay cosa más sencilla?

Yo no conozco ninguna, me parece... Como no sea esta otra: Cerca de Firmy viven, en una modesta casita, dos obreros.

Los regeneradores del país acuerdan una huelga; pero esos dos obreros, tienen aquella pobre casita y allí sus mujeres y siete de gente menuda. Muy bien no les vá; pero, la verdad, entienden ellos que no pueden dejar en la miseria á sus familias por salir á vociferar con sus amables cofrades; y siguen trabajando. ¿Trabajar dijiste? Pues allá va una bomba de dinamita que revienta en el tejado de los obreros disidentes y espante por los aires las ruinas de la habitación.

Y los regeneradores del país siguen folgándose muy satisfechos. Y aquí todavía no se les ocurre eso á los trabajadores, sin duda porque no son á la vez obreros del progreso, desfacedores de entuertos y arregladores de la cosa pública. ¡Así está España, unas veces en manos de fusionistas y otras veces en manos de conservadores! Nosotros ahorraríamos sin formación de causa al que tal hiciere, y acaso no habría ciudadano que no se considerase muy honrado con facilitar la cuerda para tan escandaloso estrangulamiento.

Decidamente, este es un lamentable atraso y menester es que no nos quedemos tan rezagados, porque la civilización no espera, caballeros.

Pero ¿qué puede esperarse de un país en el cual apenas se conocen las huelgas? Nos hemos concretado á andar de juerga una vez á la semana, y *velay* que no entendemos bien lo que significa eso del capital y el trabajo, la lucha por la vida, y otras zarandajas sublimes que se saben de memoria todos los limpia-botas de París.

La lucha por la vida no es, como á primera vista pudiera creerse, el asiduo trabajo honrado, la lucha cotidiana con el azadón con la sierra, ú otra herramienta de esas

que manejan nuestros atrasados obreros con el santo fin de dar pan á sus hijos, ni es la que libra el abogado con las Pandectas, y el Fuero Juzgo y las Siete Partidas, ni la que emprende el comerciante con una columna de áridos números.

Todo eso es música celestial, trabajo egoísta, estéril para la humanidad que de él no reporta progreso alguno, ni adelanto en la senda de la libertad.

Por este camino trillado y vulgar ¿cómo es posible que, siguiendo la provechosa y entretenida historia de una huelga, pueda uno narrar para solaz de sus lectores un lance de esos que diariamente se narran en otros pueblos más cultos y adelantados?

¡Qué gusto poder referir un día cómo en la noche antecedente estalló en la calle del Arrabal un cartucho de dinamita, á cuya explosión se derrumbó la casa de un obrero que á pesar de tener siete hijos con buen apetito, se había cansado de tomar parte en una huelga que con tesón venían sosteniendo sus amigos, por *mor* de que el Gobierno no se prestaba á mandar llover *Rioja* y granizar perdices.

Cuando suene esa bendita hora, España será la cabeza de la civilización.

Y ya que no la justicia humana, Dios hará muy bien en cortarle á la civilización la cabeza.—A.

PARÍS POR DENTRO.

LA TORRE DE PARÍS.

Los planos de la exposición universal de 1889, aprobados por el ministro de Comercio, entre los que figura el que ha de ser definitivamente adoptado, están expuestos en la sala de honor del «Hotel de Ville.»

Entre otros varios proyectos, existe el de la construcción de una torre gigantesca, de trescientos metros de altura, cuyo objeto no veo bien claro, y que me trae forzosamente á las mentes aquella otra antiquísima, célebre y nunca acabada, conocida con el nombre de torre de Babel.

En aquellos remotos tiempos los hombres tenían una excusa; pretendían llegar al cielo, querían apoderarse de las estrellas, proyectos tan quiméricos como grandiosos y atrevidos. Esta excusa no la tienen hoy los hombres, puesto que, no creyendo en él, no pueden querer ir al cielo, y teniendo algunos rudimentos de astronomía, saben que aún colocados á trescientos metros de altura no alcanzan los humanos, ni con mucho, á las estrellas.

¿Qué pretenden, pues, los iniciadores de la torre de París?

A punto fijo no lo saben, aun cuando dicen que su objeto es instalar en esa torre un foco de luz eléctrica capaz de alumbrar todo París; objeto que me parece—sin entrar aquí en la cuestión de utilidad y necesidad—difícil, por no decir imposible.

La verdad es que el querer hacer una torre no tiene más razón de ser que la de que se quiere hacer, ni obedece á otra necesidad que á la de satisfacer un capricho costosísimo. Esto, á menos que la construcción de esa torre no tenga por objeto el dar trabajo á los fabricantes de torres, que se hallan forzosamente en huelga y en el más completo marasmo desde la Edad Media.

Las torres no tienen parroquianos, las torres periclitán, el comercio de torres anda asaz alicaído, y á nadie se le ocurre hoy el construir una torre para su uso particular. Verdad es que hoy nadie tiene castillos que defender, campanas que toquen á somatén, doncellas que guardar, ni prisioneros que encerrar; ni tampoco se usan aquellos orgiásticos festines que han dado celebridad á la melancólica reina Margarita de Borgoña y renombre á la torre de Nesle, ni son posibles aquellos espeluznantes dramas cuya escena fué la torre del Oro.

En la Edad Media se *gastaban* torres, y por eso había torreros; se acabó el consumo de torres y los torreros se hallan hoy sin trabajo, con las manos cruzadas; pero como el Estado tiene, según parece, el deber de dar trabajo á todos los artífices, por chapuceros y estrambóticos que estos sean, se ve obligado á intervenir y á decretar, para satisfacción y gloria de la honrada y vestusta clase de constructores de torres, la construcción de una piramidal y gigantesca.

Adelante, pues, con los faroles; quiero decir, con la torre; no me opongo; pero propongo otro proyecto; el de perforar la tierra. Puesto que queremos desarrollarnos en altura ¿porqué no intentáramos el hacerlo también en profundidad?

Un pozo de 3.000 metros, por ejemplo, sería una obra importante y útil, de mucho in-

terés para la ciencia. ¡Qué capas terrestres más curiosas, qué minerales más ricos, qué metales desconocidos y preciosos, qué filones de diamante y de esmeralda no encontraríamos á 3, 4 ó 5 mil metros?

El Estado, con precauciones, perseverancia y dinero, conseguiría tal vez abrir un camino derecho para ir á los antípodas; lo que, si costaba más oro y más sangre que el corticillo del Istmo de Panamá, un juguete de niños, en cambio la economía de los transportes sería mucho más considerable, puesto que en vez de tener que dar, para ir á echar un párrafo con nuestros amigos los antípodas, media vuelta al globo, con recorrer tranquilamente su diámetro, estábamos al cabo de la calle.

Este proyecto costaría algo caro y bastante más que la Torre, me dirán, con razón, ustedes; pero montando una buena fábrica de acciones y obligaciones y dándoselas á los judíos para que hicieran la emisión y sacaran con ellas dinero, no habían de faltar recursos, pues, de los incautos *in finitum est numerus*.

La presión y el peso de la atmósfera, la atracción del centro de la tierra, el fuego interno, presentarían además grandes dificultades, añadirán ustedes; pero aumentando el número de académicos de la de Ciencias y dejándoles hacer proyectos y números, trazar planes, echar cálculos y pronunciar grandilocuentes discursos, las dificultades serían para esos sabios cosa baladí y de poca monta.

El Gobierno podría dar trabajo, si aceptara mi idea, á muchas gentes, y el peligro de la confusión de lenguas, que dió al traste con la Torre de Babel, no es de temer, pues con aprender el volapuk, en los ocho días que son necesarios para llegar á ser Doctor en esta nueva lengua, todo quedaba arreglado.

El plan es magnífico y de seguro éxito, y ruego á ustedes, amabilísimos lectores, que lo tengan por ahora y mientras obtengo el privilegio de invención, muy secreto y calladito. Ofrezco á ustedes, en cambio y como premio á su discreción, un billete de ida y vuelta en el primer tren de recreo que la nueva y subterránea línea organice.

Ya se me figura estar oyendo la voz remolona del empleado:

«¡Señores viajeros para la línea de los Antípodas y baños de vapor de Centríterra, al cochel...»

Lessepse se quedará chiquitito como un niño de teta; su canaluco no tendrá más importancia que una palangana y á mi me levantarán una estatua, que immortalizará mi nombre, en medio del Campo de Hazas del Valle de Liendo. Los liendehos y otras muchas gentes, que vendrán hasta desde Limpías ó Guriezo, me contemplarán extasiados todos los domingos después del Rosario y exclamarán ufanos, «¡Míale, nuestro Piuco, míale que majal!» y los días solemnes, al entrar y al salir de misa mayor, bailarán al son del tamborillo *danzantes* delante de mi efigie, y ante ella se quitará el sombrero con respeto el señor Alcalde.

Solo de pensarlo me he puesto que ni una pavia borracha.

Pío SILBÉN.

Neully-Sur-Seine 3 de Junio.

REFORMAS.

Es indudable que en Santander se experimenta ó se *deja sentir* esta necesidad, como diría alguno de esos sujetos perdidos á ratos ó que en ratos perdidos escriben para los folletines.

Estamos en una época de revolución, y conste que no aludo á nadie.

Me refiero únicamente á la revolución pacífica, á la revolución de las ideas, de las costumbres, de todo en fin lo que, es susceptible de dar una vuelta como vulgarmente suele decirse.

Allá en otros tiempos solo eran capaces de tales evoluciones, los calchetines y algunas otras, aunque pocas, prendas de vestir.

El vapor y la electricidad son hoy los factores indispensables que concurren á la resolución de todos los grandes problemas.

La vida corre más de prisa que en otros tiempos.

Todo parece que nos empuja sabe Dios á donde, sin concedernos un minuto siquiera para fijar la vista en el terreno que ha poco hollábamos con nuestra insegura planta.

El pensamiento humano se trasmite de mundo á mundo con la celeridad del relámpago, á través de esos embutidos de acero y cañamo que se llaman cables.

El plomo del enemigo alcanza á nuestros pechos, sin que nos sea dado medir con nuestros ojos la fuerza y el poder de nuestros adversarios.

Hasta las familias, en fin, se constituyen hoy día en cosa de nada, como quien dice.

Para casarse en tiempos no lejanos, el contrayente debía tener por lo menos la talla, aparte de otros requisitos más ó menos indispensables.

La chica debía ser hacendosa, mujer de su casa, y saber por lo menos las cuatro reglas de hacer calceta, amen de ligeras nociones en la clase de barbería, caso de que el marido usase estos accesorios.

A la presente no hay tiempo para fijarse en tales pequeñeces.

Cae un indiano, por ejemplo, en el seno de una familia honrada en la que haya niñas en espectación de embarque, y el problema está resuelto.

Se le pesa en bruto, ó como venga, y si el resultado es el apetecido ó el apetitoso see exigen al pretendiente ligerísimas, nociones de doctrina, porque no estaría bien exigirle de golpe algun anticipo y... *tablean*.

Peró no divaguemos.

Se acerca la época, en que la colonia veraniega ha de venir á dar vida y animación á nuestro pueblo, y es forzoso hacerle ver que somos una población culta.

Para ello es preciso destruir ó modificar algo de lo existente, procurando á la vez dar animación y colorido á todo aquello que no le tiene y que debiera tenerle.

Dentro de pocos días los trenes de viajeros llegarán á nuestra estación conduciendo, procedentes de varios puntos, á algunos ídenes y á no pocos aspirantes al estado de merluzas en libertad.

¿Qué dirán los futuros bañistas cuando al salir del anden, tropiecen sus ojos con las obras del paredon, ó se pulvericen un callo con el paredon de las obras?

Al fijarse en aquellas sendas tortuosas é inverosímiles, en aquellos puentes rústicos formados por un mal asentado tablon, en aquellos parchazos de musgo esparcidos al acaso allá entre los declives de la áspera pendiente, al contemplar el peligroso descenso de alguna valerosa doméstica soportando sobre sus hombros la maleta del señorito, mientras llega á sus oídos el quejumbroso canto de los moradores de la calle Alta, seguro estoy de que los piadosos corzozos de los viajeros se sentirán enternecidos ante tan sublime espectáculo y traerán á su memoria el recuerdo del rincón de su casa en el cual, y allá en los últimos días de Diciembre, confeccionaban á costa de mil desvelos el indispensable *nacimiento*, para solaz y recreo de los chiquitines de la familia, en tanto que estos se empeñaba en persuadir á sus padres que aquel grupo de trabajadores que se vislumbra en lo más alto del precipicio no pueden ser otro que el de Melchor, Gaspar y Compañía.

Pero supongamos que las obras se terminan en breve plazo y que la *via se abre* al público ó vice-versa, pues opino que tan mal dicho está en una como en otra forma.

En este caso las autoridades deben procurar el remedio de cualquier desgracia que pudiera sobrevenir al incauto forastero que sin el suficiente conocimiento práctico del terreno, se lance por aquella imponente subida.

Para los del país las observaciones son inútiles, pues por una dolorosa experiencia sabemos ya que «la línea recta es la menor distancia entre las narices del interesado y cualquier objeto de la clase de adoquín.»

Un anuncio sencillito y lacónico sería, en nuestro concepto, más que suficiente para evitar cualquier accidente desagradable, v. g. «Se suplica á las personas de ambos ó un solo sexo que hayan de subir ó bajar por esta cuesta, que, á ser posible, procuren hacerlo á cuatro piés, para evitar así complicaciones en la marcha.»

«El que no sepa leer no por eso queda exento de adoptar las precauciones etc., etc.» Pero dejemos este asunto, que gracias á Dios no ha de ser este el único agujero que tendremos que tapar, para que la *casa* nos quede siquiera presentable.

¿Qué contestaremos á los que nos preguntan este verano el uso á que destinamos ese edificio que se alza en una plaza, de cuyo nombre, no es que no quiera acordarme, si no que realmente no me acuerdo en este momento?

¿Cómo me atrevo yo á contar á cualquier ciudadano suelto ó con familia, siquiera proceda de Pesquera ó países limítrofes, que en esa casaca en cuyo *tablispicio* se lee «Teatro de la Comedia», nos hemos pasado una tras otra las noches del pasado invierno, buscando dentro de sus muros (permitaseme la frase) un solaz para el espíritu y un refugio para nuestra desolación y para nuestro abandono?

Qué un buen *coliseo* ilustra á todo un pueblo, es una gran verdad.

Peró que un *coliseo* deslustra hasta las botas inclusive, es también otra verdad tan grande como la próxima pasada.

Mis compañeros de abono y de infortunio recordarán como yo los chaparrones y demás que hemos sufrido en aquella platea de feliz memoria.

Cuando alguna vez cesaba el agua, una pedrada que se estrellaba en el tejado venía á sacarnos de nuestras húmedas meditaciones.

¿Os acordáis de una traviesa gotera que ejercía de tal precisamente encima del encargado de soplar en el clarinete?

Cada gota de agua que venía, como *item de fresco rocío* á depositarse sobre la cabeza del mísero profesor, se traducía en un quejido del instrumento.

En los momentos en que el chaparrón aumentaba, la gotera se convertía en ducha escocesa, y entonces el clarinete parec a interceptar el llanto del cocodrilo.

Así estuvo tocando toda la temporada.

¡Descanse en paz el mártir del trabajo!

Sin embargo, la cuestión del teatro no debe preocuparnos seriamente, pues el disfraz es tan propio como sencillo, y á poca costa podemos conseguir que desaparezca ese monumento de nuestra insuficiencia. Debajo de Teatro de la Comedia pongamos: «*Comidas y bebidas con equidad*», y la dificultad está resuelta.

Algo más podríamos hablar de achaques semejantes, pero el Director no me consiente pasar de cuatro cuartillas, y además un amigo muy entendido en esto de matemáticas se empeña en que hemos de ir á la Plazuela para demostrarme sobre el terreno que en el *templete* aquel pueden tocar hasta sesenta instrumentos, con bombo y todo.

Solo me lo explico en el caso de que esos sesenta instrumentos no tuvieran que ser manejados por sesenta y un hombres.

Y conste que no meto el maestro por las porridas.

CERILLA.

LAS MARAVILLAS DE LA FÍSICA MODERNA.

El Teléfono.

La fuente inagotable, el manantial eterno de la electricidad, no podía permanecer inactivo después de haber dado al mundo su prodigiosa aplicación á la telegrafía, y así es que desde el momento en que fué conocido el juguete llamado *telégrafo de bramané*, ya se pensó en la creación de EL TELÉFONO, instrumento que hoy nos admira por sus multiplicadas aplicaciones.

El ilustrado físico francés Carlos Bourseul anunció en 1854 la posibilidad de transmitir los sonidos á larga distancia por medio del electroimán, y antes de finalizar el referido año presentó á la Academia de las Ciencias sus estudios sobre el descubrimiento que con tenaz empeño perseguía.

El principio sobre que debe descansar la resolución de tan interesante problema—decía el sábio pensador antes citado—consiste en reproducir en la estación de destino las vibraciones del aire determinadas en la estación de origen: si esto se consigue, el sonido llegará de un punto á otro de la tierra, por distantes que se hallen.

Entre tanto Whealestone en Inglaterra y Page en América, habían llegado á probar de un modo práctico que cuando una varilla metálica se imana y desimana rápidamente produce unos sonidos que están en relación con el número de emisiones en las corrientes que los determinan.

Este fenómeno, que se designó con el nombre de *música galvánica*, fué el primer paso dado en el verdadero camino de la TELEFONIA; pero aun cuando el sonido llegó á transmitirse por los aparatos ideados bajo tan ingenioso principio, lo cierto es que hasta 1861 no se logró construir un TELÉFONO verdaderamente musical.

Mr. Felipe Reiss, persistiendo incansable en sus estudios sobre las teorías de la acústica, y aprovechando los trabajos de Page y de Bourseul, dispuso un diafragma especial, de modo que sus vibraciones pudiesen activar é interrumpir un circuito voltaico, y vió por primera vez satisfechos sus deseos, puesto que con el mecanismo por él inventado se transmitían á grandes distancias no ya sonidos aislados é imperceptibles, sino piezas de música difíciles y complicadas.

El aparato de Mr. Reiss constaba de dos partes distintas: un *transmisor* y un *receptor*. Los principios en que su teoría se fundaba fueron descubiertos por León Scott al determinar las leyes de las membranas vibrantes, los cuales, perfeccionados después por Page, dieron al autor los medios suficientes para llegar al logro de sus aspiraciones; pero el



mecanismo empleado por Reiss era de difícil y penosa aplicación, por lo que hubo de abandonarse al olvido pocos años después.

La actividad incansable de los hombres de genio, y el deseo de transmitir la palabra á largas distancias, como se hacía con los signos telegráficos de Morse, dieron al fin naturales y beneficiosos resultados con los ensayos de Vray, Gray y Varley, que en 1874 lograron reproducir los sonidos bajo la acción de un condensador eléctrico.

Pero aun cuando el entendimiento humano se agitaba levantando su vuelo á las regiones de lo desconocido, en alas de su deseo, hasta 1876 no se dió el resultado práctico á que aspiraba la *Telefona*, que era la transmisión de la palabra á través de los hilos conductores de la electricidad.

A Sir Graham Bell se debe este prodigio que admiró al mundo entero, cuando por vez primera apareció en la Exposición de Filadelfia en 1876, y que hizo expresarse en estos términos al eminente Thomson ante la *Asociación británica para el progreso de las ciencias*:

«En el gabinete central de los Estados-Unidos he visto y oído el último perfeccionamiento de EL TELÉFONO, que con claridad por todo extremo perceptible ha pronunciado vocablos y cláusulas con acento cadencioso y dulce, á una distancia considerable. Este descubrimiento, maravilla de las maravillas, prodigio de la acústica y asombro de los físicos más eminentes, es debido á un joven llamado Alejandro Graham Bell, oriundo de Edimburgo y hoy ciudadano naturalizado en los Estados de la Unión.

«Es imposible dejar de admirarse ante una invención tan atrevida, llevada al terreno de la práctica por los medios más sencillos y rudimentarios.

«El mecanismo de Bell se reduce á una lámina muy delgada de palastro colocada delante de la embocadura del aparato. Detrás de esta especie de membrana hay una varilla de acero imanada, y colocada perpendicularmente á la superficie de aquella. Junto á esta varilla va un carrete de cobre muy corto y próximo á la membrana, para que cuando se pronuncian las palabras en la embocadura, vibre la lámina al unisono de la voz, y con esta oscilación se aleje ó aproxime el polo del imán, resultando así, de este movimiento, las corrientes de inducción que llevan la palabra á su destino.

«Si el descubrimiento es grande por sus importantes aplicaciones, todavía lo es más por la sencillez de su construcción y la seguridad de los principios en que descansa.

«¡Glorifiquemos, pues, una y mil veces el nombre de Bell, tanto por su obra inmortal cuanto porque con ella ha sabido elevar nuestra nación sobre el nivel de todas las del mundo civilizado!»

Edison no podía permanecer silencioso después de un descubrimiento que fué, con justicia, la admiración del viejo y del nuevo mundo; y celoso de su nombre, que en alas de la fama ha cruzado del uno al otro polo, ideó un TELÉFONO, para el cual necesitaba la aplicación de una pila volcánica, y en el que su aparato transmisor era completamente distinto del receptor.

El principio en que está basado este TELÉFONO, es el de las corrientes onduladas, producidas por las variaciones de resistencia de un medio conductor interpuesto en el circuito. Este conductor recibe la acción de las vibraciones, mediante un diafragma delante del cual se habla.

El TELÉFONO de Bell no decayó por la nueva invención de Edison, tanto por la sencillez del aparato, cuanto por ser en un todo iguales emisor y receptor.

Después de todos estos perfeccionamientos, se ideó el TELÉFONO de bolsillo, que no ofrece ventaja de ningún género; y poco tiempo después se presentó el TELÉFONO de mercurio, debido á Mr. Breguet, el cual, si bien muy sencillo y al alcance de todas las inteligencias, solo puede considerarse como un juguete ingenioso de la física, al que no se ha dado otra importancia que el de una curiosidad de gabinete.

Hoy la TELEFONÍA es un medio de comunicación generalizado en todas las capitales importantes del nuevo mundo. Allí la explotación de este servicio está entregada á la industria particular, y los rendimientos son fabulosos, á pesar del corto precio de los despachos.

En New-York solamente se cuentan 8.000 abonados, que pagan una cantidad anual; en Filadelfia 2.500; en Chicago 3.500; en Cincinnati 2.500, y así sucesivamente en otras muchas ciudades.

Si de América venimos á Europa hallaremos: en Holanda 2.500 suscritores; en Copenhague 1.300; en Italia 5.500; en Francia 2.800; en Bélgica 2.500; en Inglaterra 6.500; en Suecia 8.000; en Suiza 4.000, y finalmente, en Rusia y en otras naciones donde la aplicación del TELÉFONO está entregada á empresas particulares, hay mucha más economía y mucho más movimiento que en aquellas donde las líneas están á cargo del Gobierno, como en España, donde solo se cuentan unas 600 instalaciones, á pesar de sus diez y siete millones de habitantes.

Las audiciones TELEFÓNICAS han recibido grande impulso en estos últimos años; desde el gran Teatro de la ópera en París, así como desde el Real en Madrid, se admiten abonos para llevar la música á domicilio. Esto es ventajosísimo para las personas enfermas ó imposibilitadas; pero tiene todavía el inconveniente de que solo un individuo puede disfrutar de la percepción del sonido, que es el que aplica su oído al aparato receptor, y esto ha hecho pensar á los físicos modernos en el medio de generalizar el sonido que llega por el hilo conductor á un recinto limitado.

El Doctor Ochorowicz en París acaba de celebrar una sesión telefónica ante la sociedad internacional de electricistas, y ha proporcionado á 300 de sus socios, reunidos en una vasta sala, el placer de oír todos á la vez los acordes de un concierto verificado á otro extremo de la capital de Francia, con la misma distinción de sonidos que si los profesores se hallasen en la habitación contigua. El auditorio se hallaba instalado en cómodas butacas, colocadas en filas paralelas, y en la sala, que estaba profusamente iluminada por multitud de luces de gas, se notaba una temperatura de 35 á 36 grados Réaumur.

Lámase el nuevo aparato de Mr. Ochorowicz *Termino-Telefona*, para demostrar con este nombre que se ha aprovechado el calor en aumento de la potencia, lo cual hace más sensible el instrumento y más perceptibles los sonidos, aún á través de las mayores distancias.

El reinado del TELÉFONO no ha llegado

todavía, sin embargo de que en Washington, ya se ha dado el primer paso.

Los grandes conciertos que la sociedad de la buena música dá en sus espléndidos salones se transmiten por hilos á los abonados, que con gran comodidad los escuchan desde sus confortables habitaciones; pero muy pronto, y gracias al último descubrimiento del físico francés antes citado, llegarán á oírse las obras musicales de los grandes maestros, ejecutadas por los primeros artistas del mundo, en todos los ámbitos de la tierra, cuando se hallen unidos por hilos conductores.

Las nuevas óperas ejecutadas en Milán podrán oírse á un tiempo en todos los Teatros de Europa, con la misma perfección y con los mismos detalles que si se ocupase una butaca en el Teatro de La Scala.

Los grandes artistas cantarán desde el centro de Europa para el mundo entero, y las empresas podrán ofrecer las audiciones á precios reducidos, logrando de este modo activar la afición á tan divino arte, y proporcionar, á la vez, una instrucción de que han carecido hasta ahora la generalidad de los pueblos.

¡Qué grande se presenta el porvenir de la TELEFONÍA, y que maravillosos prodigios está llamada á realizar!

A. SARTORIO.

MADRID.

La noticia del día en los círculos literarios de la Corte es el estreno de un drama de D. José Echegaray en uno de los teatros de Valencia.

Como aquí, en lo que al arte se refiere, no ocurre nada de particular, no nos queda más remedio que ir á buscar acontecimientos artísticos por esas provincias de Diós.

Y en verdad que el estreno de una obra del insigne dramaturgo lo es, y gordo.

Se empeña el bueno de D. José en que la cosa no tiene importancia, porque se trata de un drama en un acto, escrito de prisa y corriendo, con el objeto único de complacer á Antonio Vico, que, mirando su empresa con ojos de empresario, quería defender el negocio en las diferentes capitales que piensa visitar; pero, por más que él diga, y por muchos esfuerzos que haga para que no se hable del asunto, no puede impedir que el *El conde Latorio*—tal es el título de la obra—esté siendo, hoy por hoy, el origen de todas las conversaciones entre autores, cómicos y aficionados.

Los periódicos de Valencia dicen que fué grande el éxito alcanzado por la obra, y los de Madrid, copiando algunos trozos de ella muy hermosos, prueban que fué justo.

El asunto no es cosa mayor, á juzgar por lo que refieren, pues carece de novedad, y hasta resulta un poco oscuro en la exposición; pero parece que el conflicto dramático está bien preparado y mejor sentido. Además, la forma, á juzgar por las muestras, se ha cuidado más que en otras obras del mismo autor. De suerte que el drama en su conjunto, resulta bueno, y fué extraordinariamente aplaudido por el inteligente público valenciano.

A Echegaray debe haberle sorprendido el éxito alcanzado, pues no hace muchos días le preguntaba un amigo:—¿Tiene Vd. confianza?

—Ninguna—respondió—y me alegraría que no se estrenase.

—Pero ¿teme V. que le silben?

—Ya lo creo, por eso no voy á verlo representar.

—Pues yo espero que será aplaudido.

—Entonces habrá demostrado el público valenciano que es un modelo de cortesía y de benevolencia.

No se atribuyan estas contestaciones á falsa modestia por parte de D. José, pues no es él hombre que encubra tan falazmente sus esperanzas, y no hay más que oírle para comprender que dice lo que siente. La mejor prueba de que temía un fracaso está en que siendo él tan complaciente con sus amigos, y contando á Vico en el número de los predilectos, no ha podido el excelente actor llevarle á Valencia á ensayar y dirigir su obra. Lo que él decía con mucha gracia: «¡Mire usted que tendría bemoles el que yo hiciese un viaje expresamente para oír una silba!»

Ahora nos ha entrado curiosidad á los que en Madrid vivimos por conocer el drama que, faltando á la costumbre, ha ido á buscar la sanción de un público de que no formamos parte, y estoy seguro de que en cuanto se ponga á la venta se va á agotar una edición.

¡No faltaba más sino que los madrileños empiecen á distribuirse por los balnearios y las casas de huéspedes de los puertos de mar sin poder dar su opinión acerca de la última obra del autor insigne!

Porque de Echegaray podrán decir algunos que es malo; pero nadie confesará que no conoce sus obras.

Entretanto, el estreno en Valencia parece que ha dado gusto á sus admiradores y á sus adversarios.

Los primeros dicen:

«Lo bueno, hay que desengañarse, gusta en todos lados.»

Y replican los segundos:

«¡Un éxito en una provincia! ¡Valiente cosa! No hay literato de quince años á quien no se haya hecho una ovación en su pueblo.»

Yo, que admiro al autor, pero que no niego que pueda equivocarse, como ya se ha equivocado alguna vez, espero á conocer la obra por mí mismo, y no por referencia, como ahora, para opinar acerca de ella según mi leal saber y entender.

Pero hasta que se estrene en Madrid tengo la esperanza de que me gustará; por que, como decía el maestro de escuela, puede suceder que un peral no dé peras en un año; pero se sabe de seguro que un ciruelo no dará en toda la vida.

O los timadores aumentan de un modo prodigioso, lo que es muy posible, ó los provincianos bobalicones vienen á Madrid con más frecuencia que antes, lo que no tendrá nada de extraño.

El caso es que desde hace un mes ó dos todos los días anuncian los periódicos que se ha estafado á unos cuantos forasteros por el procedimiento del timo, que es la frase corriente.

Hay que creer que la sociedad no está tan pervertida como aseguran algunas personas, cuando diariamente nos demuestran los timadores que han encontrado en la calle media docena de inocentes.

Cuando se trata de robos perpetrados por medio de la violencia todo el mundo se asusta y compadece á la víctima é increpa á las autoridades por su falta de vigilancia; pero al saber que han timado á un individuo, la gente se rie, y hasta suele exclamar: ¡Parece mentira que haya hombres tan brutos en España! De suerte que los timados ni siquiera pueden repetir la célebre frase de Francisco I, puesto que, además de perder el dinero, quedan mal.

No hacen más que presentarse en el juzgado ó en una prevención á contar lo que les ha sucedido, y todos los que les escuchan se miran entre sí con malicia, como diciendo: ¡Ya cayó otro bolonio!

Y si es tradicional en España que el dinero robado no vuelva jamás á poder de su legítimo dueño, aunque parezca el ladrón, y se le castigue, cuando el robo se comete por medio del timo, pueden ustedes estar seguros y tener la evidencia de que no se faltará de ningún modo á la tradición y á la costumbre, y es más, de que la policía ni siquiera se molestará en buscar á los autores del delito.

El timador merece sin duda la consideración de la autoridad, que, acaso sin darse cuenta de ello, arroja sobre el timado todo un desdén y su desprecio.

Parece que premia el ingenio en uno—que algo de ingenio necesita el timador para ejercer su profesión—y castiga en el otro la necesidad. Por eso, sin duda, dice aquel personaje de comedia que el peor de los oficios es el de tonto.

Sin embargo, me parece que no son estos tiempos como los de Grecia; que en vez de recompensar á los timadores con la impunidad, que á recompensa huele, no sería malo que alguna vez se tropezaran con ellos los polizontes y les sentaran las costuras.

El que es estúpido bastante trabajo tiene con su estupidez, que es carga que se lleva hasta la muerte, y no vamos á hacérsela mayor permitiendo á los timadores que le traten como á cosa propia, hecha expresamente para su recreo.

Bueno que nos riamos de las víctimas; pero encerrando al mismo tiempo á los ladrones.

Digo, si es que la primera autoridad de la provincia opina como yo...

Que me parece que no, á juzgar por lo que se vé.

Hoy se pone á la venta un tomo de poesías de Leopoldo Cano.

Se titula «Saetas.»

En Sevilla se llaman así las coplas que se cantan por Semana Santa.

Yo pregunté anoche al autor:

—Y esas saetas ¿son sevillanas ó de las otras?

Y él me contestó:

—El público dirá.

Conque.... díganlo ustedes.

S. DE TRASMERA.

5 de Junio.

UN JUICIO DE FERNANFLOR.

Fernanflor por mal nombre, por el suyo verdadero Isidoro Fernández Florez, distinguido literato y celebrado revistero de

fiestas y salones, es una de las plumas que más han herido á nuestro eminente paisano Marcelino Menéndez Pelayo; pero vean ustedes lo que son las cosas: el que llegó hasta el extremo de negar talento á quién hoy miramos como gloria nacional, es hoy uno de sus más fervientes admiradores. Dice el adagio que «de sabios es el cambiar de opinión», y aunque no diré yo—¡Diós me libre!—que Fernanflor es un sábio, tiene talento, eso es innegable, y ha cambiado de opinión respecto al mérito de nuestro ilustre paisano.

¿Y porqué creerán ustedes que Fernanflor negaba talento y saber al señor Menéndez Pelayo y desde las columnas de *El Liberal*, faltando á la justicia, zahería al que hoy rinde tributo de admiración? Pues simplemente porque no se había tomado el trabajo de leer sus obras ni quería creer á los que, libres del imperio de la pasión política, juzgaban con imparcialidad al genio.

Hoy Fernanflor es otro; y allá va la prueba, para honra suya, de que si fué ligero para juzgar lo que no podía apreciar, por no conocerlo, ha sabido también ser leal para reconocer sus errores.

De *La Ilustración Ibérica* copiamos lo siguiente:

«Tengo delante de mis ojos los discursos leídos en la recepción del P. Mir; y no quiero dejar pasar la ocasión de rendir un tributo de justicia al talento, por mí alguna vez desconocido.

Me refiero á Menéndez Pelayo. La política, se ha dicho, no tiene entrañas. A veces tampoco tiene entendimiento. Basta que un autor no esté conforme con nuestras ideas ó nuestros intereses políticos para que se le niegue su mérito personal. Si á esto se añade que viene á ser decidido campeón de una doctrina, la intransigencia se convierte en odio. En mayor ó menor grado, todos los periodistas pierden su independencia en la mesa de redacción, como todos los soldados se ciegan en la lucha. Yo confieso que durante algún tiempo he desconocido el mérito de Menéndez Pelayo; y le he desconocido porque no había querido leer sus obras.

Eran tales los elogios que hacían de ellas sus amigos, que me parecieron elogios rendidos á la idea política y no al saber. Luego he vencido mi predisposición; he leído esas obras y me encuentro hoy entre sus más fervientes admiradores.

En primer lugar, Menéndez Pelayo sabe mucho; conserva en su memoria todos los libros que ha leído que, á pesar de su edad escasa, llenarían muchas bibliotecas; sabe el griego, el latín, el francés, el inglés, el italiano.... pero esto que sabe es lo que menos vale en él. Lo que en él me admira es la facilidad con que soporta en su cerebro toda esa inmensa erudición, sin que, ni por un instante, el hombre erudito se imponga sobre el filósofo ni el crítico ni el escritor; es un literato que escribe tan desahogadamente de una materia erudita como si nada supiera de ella. Su inteligencia domina de tal modo todos los materiales que ha reunido para un trabajo, como el águila que casi inmóvil aletea sobre unas ruinas.

El mismo no parece dar importancia á esos materiales que constituyen una riqueza portentosa... Son para él cascote, que sólo adquiere valor cuando él ha formado con sobria y rápida elección un conjunto artístico. En las obras de Menéndez Pelayo predomina de tal manera el artista sobre el sabio, que toda obra suya por muy erudita que sea resulta sencilla y poética.

Pero, sobre todo, lo que me asombra en Menéndez Pelayo es su intuición: sus dotes adivinatorias. He leído sus trabajos históricos y en vez de un cronicon de fechas y de nombres, he visto aparecer en las páginas mundos vivientes, personajes con carne, huesos y alma. Algunos de mis autores favoritos, antiguos y modernos que yo siento bien, pero que no me había explicado aún con evidencia, los he visto dibujados, coloridos y evidenciados de tal modo en las semblanzas que de ellos ha hecho Menéndez Pelayo, que para mí han dejado de ser misterios y son hoy dioses glorificados.

Lo más difícil que hay en español es crearse un estilo que conserve algo de la púrpura clásica y que no pese, porque el lector del día quiere que las ideas se las vistan nada más que de gasa. Hay que ser español y resignarse á ser leído por algunas docenas de respetables varones y ser recompensado únicamente con un sillón en la Academia, ó ser francés y ser leído por cuantos leen la revista, el periódico y la crónica de la vida contemporánea, fácil brillante y que prefiere la gracia á la magestad y la sencillez al boato. Pues bien; Menéndez Pelayo se ha formado ese estilo abundante y ligero al mismo tiempo, que llena una página en un párrafo sin ser complicado, sin que el lector tenga que ir tendiendo un hilo según avanza para encontrar la salida del laberinto. Su estilo tiene la gallardía de nuestros clásicos del siglo XVI y la claridad que buscamos hoy en la prosa los modernos. Y además no es un estilo imitado. Como don Juan Valera, Menéndez Pelayo de tanto pasear en los jardines de Fray Luis de Granada tiene penetradas las ropas del aroma de aquellas yerbas y flores.

Erudición vastísima: inteligencia, sentimiento del arte; buen gusto, irreprochable, nativo, adquirido con el continuo trato de los autores griegos y latinos; una manera de ver y de sentir absolutamente personal que le inclina prácticamente hácia el pasado, pero que le hace estimar el presente y respetar el porvenir, esto he visto en Menéndez Pelayo.

La Biblia nos habla del niño Jesús asombrando á los doctores en el templo. Esto fué, sin duda, profecía de lo que había de pasar entre Menéndez Pelayo y los académicos de la Española.

Pero los académicos se han equivocado también. Nada me importaría que Menéndez Pelayo fuese neo-católico; su genio merecería el respeto de todos, y yo preferiría que fuese lo que es siendo reaccionario á que fuese perfecto liberal y tonto... Pero he leído sus obras y en todas ellas veo palpar, indómitamente, un espíritu de generosa independencia; ni en crítica histórica, ni en filosofía, ni en arte admite imposiciones; allá va donde le llevan sus propios estudios y sus impresiones personales. Sus facultades extraordinarias le rescitan los mundos bajo un aspecto nuevo, y sus juicios, por lo tanto, son una revisión de hechos y de ideas que condensa en síntesis poéticas, sin cuidarse de qué teorías destruye ni cuáles rehabilita... Las denominaciones políticas son base muy débil para él. Quizás se dice reaccionario porque los reaccionarios le han favorecido y les debe gratitud; pero marcha derribando ídolos y cada nuevo dato de su erudición viene á decirnos: Hé aquí la luz: todo lo que habíais creído hasta aquí era sombra y mentira. Después del discurso que leyó cuando entró en la Academia de Historia, se debió cerrar la Academia. Demostró, sin intención de demostrarlo, la inutilidad de aquellos excelentes señores.

Menéndez Pelayo no parece tener opiniones fijas; todos los días, con el nuevo saber las renueva; algunas veces devoto, otras excéptico; unas monárquico, otras nihilista.

Los liberales le combaten despiadadamente por sus ideas; y si hubiese Inquisición, la Inquisición le hubiese quemado.

Es una gran desgracia que los hombres políticos quieran secuestrar á esta personalidad eminente. Menéndez Pelayo debe consagrarse á la patria, á la historia y á la literatura.

Pero seamos justos: al señor Cánovas le corresponde haber sido quien ha hecho más completa justicia á Menéndez Pelayo, reformando en favor suyo hasta las leyes.

¡De monstruo á monstruo!

llez al boato. Pues bien; Menéndez Pelayo se ha formado ese estilo abundante y ligero al mismo tiempo, que llena una página en un párrafo sin ser complicado, sin que el lector tenga que ir tendiendo un hilo según avanza para encontrar la salida del laberinto. Su estilo tiene la gallardía de nuestros clásicos del siglo XVI y la claridad que buscamos hoy en la prosa los modernos. Y además no es un estilo imitado. Como don Juan Valera, Menéndez Pelayo de tanto pasear en los jardines de Fray Luis de Granada tiene penetradas las ropas del aroma de aquellas yerbas y flores.

Erudición vastísima: inteligencia, sentimiento del arte; buen gusto, irreprochable, nativo, adquirido con el continuo trato de los autores griegos y latinos; una manera de ver y de sentir absolutamente personal que le inclina prácticamente hácia el pasado, pero que le hace estimar el presente y respetar el porvenir, esto he visto en Menéndez Pelayo.

La Biblia nos habla del niño Jesús asombrando á los doctores en el templo. Esto fué, sin duda, profecía de lo que había de pasar entre Menéndez Pelayo y los académicos de la Española.

Pero los académicos se han equivocado también. Nada me importaría que Menéndez Pelayo fuese neo-católico; su genio merecería el respeto de todos, y yo preferiría que fuese lo que es siendo reaccionario á que fuese perfecto liberal y tonto... Pero he leído sus obras y en todas ellas veo palpar, indómitamente, un espíritu de generosa independencia; ni en crítica histórica, ni en filosofía, ni en arte admite imposiciones; allá va donde le llevan sus propios estudios y sus impresiones personales. Sus facultades extraordinarias le rescitan los mundos bajo un aspecto nuevo, y sus juicios, por lo tanto, son una revisión de hechos y de ideas que condensa en síntesis poéticas, sin cuidarse de qué teorías destruye ni cuáles rehabilita... Las denominaciones políticas son base muy débil para él. Quizás se dice reaccionario porque los reaccionarios le han favorecido y les debe gratitud; pero marcha derribando ídolos y cada nuevo dato de su erudición viene á decirnos: Hé aquí la luz: todo lo que habíais creído hasta aquí era sombra y mentira. Después del discurso que leyó cuando entró en la Academia de Historia, se debió cerrar la Academia. Demostró, sin intención de demostrarlo, la inutilidad de aquellos excelentes señores.

Menéndez Pelayo no parece tener opiniones fijas; todos los días, con el nuevo saber las renueva; algunas veces devoto, otras excéptico; unas monárquico, otras nihilista.

Los liberales le combaten despiadadamente por sus ideas; y si hubiese Inquisición, la Inquisición le hubiese quemado.

Es una gran desgracia que los hombres políticos quieran secuestrar á esta personalidad eminente. Menéndez Pelayo debe consagrarse á la patria, á la historia y á la literatura.

Pero seamos justos: al señor Cánovas le corresponde haber sido quien ha hecho más completa justicia á Menéndez Pelayo, reformando en favor suyo hasta las leyes.

¡De monstruo á monstruo!

¡LA MAR!

De la mar te voy á hablar, y pues la mar es hermosa, hoy te quiero demostrar que sois una misma cosa la mar y tú, tú y la mar.

Y no lo dudes mirando que la mar se vá alterando y oscureciendo su brillo, pues saca su geniecillo, como tú, de vez en cuando.

Y al decir que sois iguales mi boca no se equivoca, pues si el mar en sus raudales tiene perlas y corales, tambien los tiene tu boca.

En mil razones abundo, y la razón principal en que mi dictamen fundo, es que si el mar tiene sal tienes tú la sal del mundo.

Cuando en celajes de bruma se adierne el mar blandamente, fingiendo lechos de pluma, podrás ver cómo es tu frente tan blanca como su espuma.

Y como tu rostro bello tras la mantilla no escondas, y preste al mar su destello, notarás que tu cabello, como el mar, se riza en ondas.

Y no debes extrañar, pues con lógica te arguyo, que sin poderlo evitar, al pasar al lado tuyo exclamen todos: «¡La mar!».

RIDARDO GUILJARRO.